

A SU MANERA

JUAN DAVID CORREA

Rosa vino a decirme lo que ya sabía: que nuestro corto noviazgo había terminado. Lo supe desde la noche en que le dije que la odiaba. Lo supe al amanecer cuando empacó sus cosas en la maleta negra que usaba cada vez que dormía en mi casa. No quise que me diera explicaciones. Miré el aro del bombillo y vi a una polilla revoloteando. Le dije lo que quería oír. A las mujeres siempre les gusta que uno se compadezca. Es una manera de afirmarse en el mundo. De sentir que tienen el control. Fumamos un cigarrillo sobre el sofá rojo. Ninguno de los dos lloró ni se quejó. El silencio se instaló entre los dos. Pasaron dos minutos. Me levanté, le di un beso en la frente y fui hasta mi cuarto en donde me estiré sobre la cama. Unos segundos después oí la puerta cerrarse. Todo terminó, me dije, expirando, como si quisiera contener el dolor en una bocanada. No era posible, así que para no caer en el patetismo de llorar por alguien a quien apenas presentía, encendí el televisor y me distraje con la BBC que transmitía un debate sobre la muerte de una estudiante de bachillerato en Sheffield.

Amanecí con el sonido del televisor tronándome

en la cabeza. Esta es la nueva vida, pensé tras comprobar que una vez más estaba solo. El teléfono sonó. Su voz provenía de algún pozo profundo. La escuché decirme te odio. Colgué. Fui hasta la nevera y abrí un yogurt de melocotón. La baba lechosa me produjo un buen efecto. Algo comenzaba a conciliarse dentro de mí. Como si después de haber dejado a Nidia y de emprender el corto noviazgo con Rosa y de acabarlo, como ahora estaba sucediendo, mi mundo comenzara a encontrar un orden ansiado. Se me ocurrió pensar que Alberto tenía razón: al caos hay que sumarle más caos, cuando ya la esfera está llena de desorden todo explota y vuelve a encontrar su lugar.

Rosa estuvo seis meses a mi lado. Fueron seis meses caóticos. Rosa era bella aunque inestable. Tenía las pestañas largas y los ojos negros. Los entornaba y en ese movimiento me hacía ver que ella tenía una fuerza que me superaba por mucho. A su lado siempre me sentí pusilánime. Por eso, ese domingo, tomando yogur y viendo a las palomas cagar sobre el alero de mi ventana, comenzaba a sentir bienestar. Un bienestar que duró poco. El lunes llegué al trabajo y Clara me entregó un sobre que contenía las siguientes palabras: “no sabes con quién te metiste, ahora vas a sufrir”. De inmediato bajé los cuatro pisos y le pregunté a Clara quién diablos había dejado el sobre. Un muchacho, me respondió. Un muchacho ¿cómo? Le pregunté.

Un mensajero, tenía casco y chaleco amarillo y no se quitó el casco. Me sudó la sien.

Todo el día no hice otra cosa que mirar por la ventana hacia el parqueadero.

El director me llamó como a las cinco para preguntarme sobre las fechas de cierre. Hablamos un rato. Está raro, me dijo. Si, terminé con Rosa. El director conocía a Rosa pues había trabajado para él antes que yo. ¿Y esa vaina? Lo de siempre. Hágale Ángel, arranque y mañana hablamos del cierre. Salí de la oficina. Hubiera querido decirle que tenía miedo y que el problema no era haber acabado con Rosa sino una maldita amenaza dejada por un hombre anónimo en la portería. Caminé un buen rato por el parque El Virrey. En la autopista me senté en un banco. Anocheceía. Bogotá siempre me ha parecido una ciudad o muy bonita o muy fea. Me pareció más fea de costumbre. Quise pensar en los días en

que aún mamá estaba viva. Hubiera podido ir a contarle lo que me ocurría. Una mujer me amenaza, le diría. Ella se sentaría tratando de parecer imperturbable, pero en el fondo de sus consejos yo adivinaría lo que siempre había pensado: me creía un incapaz. No incapaz para trabajar: un incapaz para vivir sin pánico. Ella sabía que cada tanto yo estaría allí, sentado a su lado, para pedir consuelo por algún desequilibrio emocional. En el fondo los dos sabíamos que cuando muriera, una parte de mí no podría flotar con naturalidad. Tenía un fallo en uno de los remos y el bote siempre estaría a punto de naufragar. Anocheció.

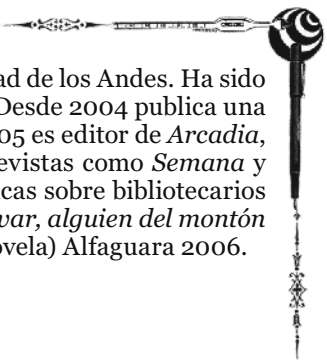
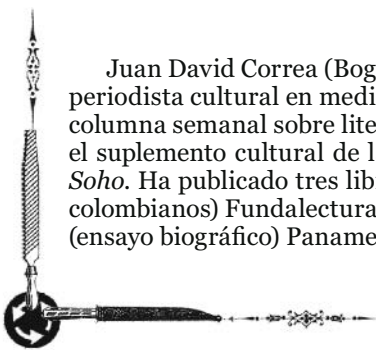
Me levanté del banco y eché a andar hacia la casa de mamá. Quería llamar a Rosa y pedirle una explicación. Me sentía amenazado por su carta. No dudaba ni un segundo que era su manera de hacerme sentir inerme. Ella había aprendido a conocerme en la noches en que yo salía corriendo por calles para evitar verla en la felicidad de las fiestas. No sé por qué me atacaban los celos. Tampoco porque echaba a correr como un poseso. Terminaba al otro día destrozado, con el corazón latiéndome despacio, como un balón gastado lleno de agua. Era lunes y las calles comenzaban a estar vacías a eso de las ocho. No sabía adónde ir ni qué hacer. Era un moscardón encerrado en un frasco vacío. Me daba contra las paredes al recordar la nota.

Rosa no dejó la nota. Eso fue lo que me dijo al no soportar el zumbido e ir hasta su casa a eso de las diez de la noche. Estaba acostada leyendo *El corazón es un cazador solitario* de Carson McCullers. Intenté recordar algo de la trama.

Sólo aparecían unos caballos. Un bar. Un tono decididamente escueto. Me senté a su lado y le pedí una explicación. Ángel, estás chiflado. Sería incapaz. No seas tonto, dame un abrazo. Volví a sentirme parte del mundo del que había sido expulsado con una nota. Sentí calor y me recosté a su lado. Quise creer que todo volvería a la normalidad. Y así fue. Despertamos e hicimos el amor y nos miramos con ojos de no querernos separar nunca más. Cuando ella se encerró en el baño a canturrear alguna canción pensé en los dos días anteriores. En el bienestar del domingo. En el malestar del lunes. Estaba buscando el equilibrio y creía que podía encontrarlo entre el calor de un abrazo y el dolor de un balazo. Pensaba que podía vivir en la hendija: justo en el centro. Siempre estaba imaginándome como alguien que no era. Necesitaba mi cuota de dolor y de amor, siempre en las justas proporciones. Como en una receta, cuando alguna de las cantidades no era equilibrada, yo comenzaba a emprender la fuga.

Rosa salió del baño y me dirigió una mirada. Parecía enamorada. Yo lo estaba, de alguna manera, a mi manera. Habría querido ser como Frank Sinatra y cantar *A mi manera* y creer que el mundo podría ajustarse como un guante a los deseos y sueños. Me levanté y me metí en el baño. El agua estaba hirviendo. Comencé a silbar *My Way*. Me sentí parte del mundo. Me sentí pletórico. Me sentí amado y redimido y fuera del dolor. Me jaboné como queriendo quitar de mí el sentimiento de soledad que me había embargado desde el domingo. Me quemé con el agua y quise gritar: Rosa te amo. No lo hice. En cambio salí, me sequé la piel frente al espejo, le di las gracias a mi madre que estaría mirándome desde algún lugar y salí dispuesto a prometer que pasaría el resto de mis días con Rosa.

No pude hacerlo. Rosa no estaba y en cambio había una nota, idéntica a la del día anterior, pero esta vez con las palabras: “No vuelvas más, era mi manera de decir adiós”.



Juan David Correa (Bogotá, 1976). Literato de la Universidad de los Andes. Ha sido periodista cultural en medios como *El Espectador* y *Cromos*. Desde 2004 publica una columna semanal sobre literatura en *El Espectador*. Desde 2005 es editor de *Arcadia*, el suplemento cultural de la revista *Semana*. Ha escrito en revistas como *Semana* y *Soho*. Ha publicado tres libros: *Las bibliotecas cuentan* (crónicas sobre bibliotecarios colombianos) Fundalectura, MinCultura 2004; *Pedro Almodóvar, alguien del montón* (ensayo biográfico) Panamericana 2005; *Todo pasa pronto* (novela) Alfaguara 2006.



María Dolores tiene ochenta y seis años y vive con su hija mayor y un nieto en una casa al norte de Cali. Se conserva muy bien para su edad y dedica los jueves a encontrarse con las amigas que le quedan. Tiene una finca cerca a Cali, pero dice que va muy poco porque le da miedo. A pesar de sus vicisitudes en la guerra civil española, cuando era sólo una niña, no se acostumbra a la violencia que se vive en Colombia y aún siente miedo por lo que pueda pasarle en las calles.

Nació en el país Vasco, en el año de 1925, hija de padres socialistas. Cuando cumplió los seis años se creó la segunda República Española, que tenía como objetivo transferir el poder de los terratenientes a las clases medias apoyadas por el campesinado; otro objetivo era mantener a la políticamente poderosa Iglesia dentro de unos límites. También luchaban por democratizar la estructura del ejército, laicizar el sistema educativo y efectuar una modesta redistribución de las tierras.

El padre de María Dolores, como buen socialista, apoyaba a los republicanos, pero gran parte de los católicos y de los que pertenecían a la clase media se opusieron a estas medidas. En septiembre de 1933 el Gobierno dimitió y en las siguientes elecciones los partidos de la izquierda sufrieron una aplastante derrota. “Yo era muy chica, pero aún recuerdo la cara de desconsuelo de mi padre con esa noticia”. La nueva República derechista permitió que quedara sin efecto todo lo que habían logrado sus predecesores. Durante los dos años siguientes se extendió la violencia.



El anterior texto es un extracto de una crónica escrita por María del Mar Mozo titulada “Guerra civil, guerra incivil”, y hace parte de una clase de creación literaria que, desde hace ya varios años, el profesor Harold Kremer viene realizando con los estudiantes de la Universidad Icesi de Cali. Este ejercicio se ha transformado en un laboratorio en donde se encuentran, se mezclan y se funden las técnicas de escritura de ficción con historias de la realidad, en las manos de jóvenes que han encontrado en la escritura un camino para conocer y pensar la sociedad en la que viven. Este ejercicio ha permitido la publicación de *El cinturón de fuego y otras crónicas caleñas*, el segundo volumen de crónicas que aparece en la colección de narrativa de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Icesi, cuyo primer volumen, de éxito notable a nivel nacional, apareció bajo el título *Una botella de ron pa'l Flaco*.